

El judaísmo helenístico y la Biblioteca de Alejandría

Natalio Fernández Marcos

Si exceptuamos el período de la Haskalah o Ilustración del judaísmo alemán ningún otro momento de la historia experimentó un encuentro tan productivo con la nueva sociedad de la diáspora como el judaísmo helenístico. Los judíos helenísticos se sintieron atraídos a la órbita de la cultura griega, tradujeron por primera vez la Biblia al griego y ensayaron prácticamente todos los géneros de la literatura greco-romana. Además de Filón y Flavio Josefo hubo una constelación de autores cuya producción nos ha legado fragmentariamente transmitida por manos cristianas.

El pueblo de Israel forjó su identidad en torno a la gesta del Éxodo, su liberación de la esclavitud de Egipto, la travesía del desierto, y la llegada a la Tierra Prometida de la mano de su líder Moisés. Egipto es en la Biblia símbolo y metáfora del «Otro», y la tierra ancestral de Israel representa la antítesis de Egipto. En Deuteronomio (17,16), en las disposiciones sobre el rey llega a decirse: «No ha de mantener numerosos caballos ni hará volver al pueblo a Egipto para multiplicar la caballería, porque Yahveh os ha dicho: “¡no volveréis más a tornar por este camino!”».

Sin embargo los judíos de la época helenística volvieron a Egipto, se establecieron principalmente en Alejandría, entraron en contacto

con la cultura griega y en cuanto a la producción literaria vivieron uno de los momentos más brillantes en la historia del judaísmo. Pero en tres milenios de historia la identidad judía no ha sido inmutable. Se ha transformado y asumido nuevas formas en respuesta al entorno cultural en el que han vivido los judíos.

El retorno a Egipto en contra de lo prescrito en el Deuteronomio requería una justificación y no están lejos de la verdad los que interpretan la *Carta de Aristeas*, un escrito pseudoepigráfico de finales del siglo II a.E.C., como la Carta Magna o documento fundacional del judaísmo en la diáspora egipcia. Su autor, un judío alejandrino ilustrado, heredó una tradición sobre la conexión entre la primera traducción de la Biblia al griego en tiempos de Tolomeo II Filádelfo (285-246 a.E.C.) y la biblioteca de Alejandría y dio forma literaria a su escrito a imitación del paradigma del Éxodo.

La *Carta de Aristeas* equipara el acontecimiento de la traducción con la narración de la promulgación de la Ley en el Sinaí tal como se describe en el Éxodo. Hay detalles de la narración que ponen de manifiesto la *imitatio* deliberada de dicho relato: frente a la crueldad del Faraón del Éxodo se presenta a Tolomeo II como un faraón be-

nevolente que libera los esclavos de guerra judíos deportados por su padre Tolomeo I Soter (§§12-27); los traductores, como herederos del José bíblico¹, se convierten en sabios asesores de Tolomeo II, el nuevo faraón, en las escenas del Simposio (§§187-294); setenta fueron los ancianos que acompañaron a Moisés hasta el Sinaí y setenta serán los traductores de la Torá en una casa junto a la playa de una isla próxima a Alejandría (§301); es, por tanto, la historia del No-Éxodo, porque no va a ser necesario marcharse de Egipto. La Ley va a ser recibida y promulgada en la misma Alejandría; la proclamación de la nueva traducción ante la comunidad judía de Alejandría (§308-311) tiene la solemnidad de una nueva revelación. La Septuaginta suplanta a la Biblia hebrea.

Dos siglos más tarde, el judío más famoso de la comunidad alejandrina, Filón, da un paso más y defiende abiertamente la inspiración de la Biblia griega, colocando a la traducción al mismo nivel que el original hebreo como si fueran dos

¹ Como consecuencia de esta nueva situación creada el ideal y héroe de los judíos helenísticos será José que alcanzó las más altas cotas de poder en la corte del Faraón y no Moisés que se enfrentó al Faraón, ver A. QUINCOCES LOREN, «José el egipcio, más allá de Moisés», *Henoch* 25 (2003), pp. 213-239.

Biblias hermanas. Y concluye que la revelación ocurrió en dos momentos de la historia: en el Monte Sinaí, cuando Dios mismo, asegura Filón, dictó la Torá a Moisés, y en Alejandría, cuando los traductores, también inspirados por Dios, tradujeron la Torá al griego.

Al igual que los judíos en la diáspora helenística el texto de la Biblia conoció también un viaje cultural desde Jerusalén hasta Alejandría, un itinerario que tendrá un impacto extraordinario en nuestra cultura occidental. En primer lugar la Biblia pasa de una lengua semítica, el hebreo-araméo, a una lengua indoeuropea, el griego. La sabiduría de Israel expresada en una lengua de minorías, el hebreo, y mantenida en el *hortus conclusus* de un pequeño pueblo, abrió sus tesoros a las naciones al ser traducida a la lengua común, *koiné*, de la ecúmene, la tierra habitada, circunstancia que será decisiva siglos más tarde para la expansión del cristianismo. La Septuaginta es, en palabras de Wasserstein, «la empresa literaria más importante en los anales de la humanidad occidental y es a la vez el logro más grande del judaísmo helenístico y su legado más importante a la humanidad occidental».

Este fenómeno sin precedentes convirtió a la Septuaginta en el mayor *corpus* de traducción al

griego de toda la Antigüedad. Y sigue intrigando hoy a los expertos que se preguntan cómo fue posible llevar a cabo tamaña empresa, las circunstancias que rodearon a la traducción y quiénes fueron en realidad los traductores.

Los Ptolomeos que eran de origen macedonio habían heredado de los griegos el gusto por el saber y el conocimiento y, como dinastía extranjera en Egipto, buscaban legitimar su autoridad con una intensa política cultural. Como expresión de esta política fijan la capital del imperio en Alejandría y crean una biblioteca que deslumbró a los contemporáneos por su carácter grandioso y excepcional.

Los judíos en Egipto están documentados a partir del siglo VI a.E.C.: pequeñas migraciones con ocasión de la invasión babilónica de Palestina, o grupos

de soldados incorporados al ejército como lo confirma la guarnición de la colonia de Elefantina. Pero la emigración más fuerte sólo se producirá a partir de las conquistas de Alejandro y la fundación de la ciudad que llevará su nombre, Alejandría, en el 331 a.E.C. Ptolomeo I Soter, fundador de la dinastía Lágida, no sólo consiguió secuestrar el cadáver del héroe macedonio para enterrarlo en Menfis sino que lo trasladó a la nueva capital de Egipto, Alejandría, en torno al 314 a.E.C.² Quiso traer también a Alejandría la biblioteca de Aristóteles, muerto un año después de Alejandro en el 322 a.E.C., y a su discípulo Teofrasto. Probablemente no lo consiguió, no lo sabemos, pero al menos logró atraer desde Atenas a Demetrio de Falerón, de la escuela peripatética, discípulo de Teofrasto, quien influyó en la fundación y concepción de la biblioteca del Mouseí'on, el santuario de las Musas, construida en torno al 306 a.E.C. junto al palacio real.

Ptolomeo II Filádelfo continuó enriqueciendo la biblioteca hasta convertirla en la primera institución académica e investigadora de la Antigüedad, en la ciudad más importante de la cuenca mediterránea y del mundo civilizado.

² Ver S. GAMBETTI, «The Jewish Community of Alexandria: The Origins», *He-noch* 29 (2007), pp. 213-239.

Los Ptolomeos que eran de origen macedonio habían heredado de los griegos el gusto por el saber y el conocimiento y, como dinastía extranjera en Egipto, buscaban legitimar su autoridad con una intensa política cultural. Como expresión de esta política fijan la capital del imperio en Alejandría y crean una biblioteca que deslumbró a los contemporáneos por su carácter grandioso y excepcional.

Pero de la antigua biblioteca sólo tenemos ecos de noticias posteriores a su época de esplendor y recogidas en la *Carta de Aristeas*, Estrabón (64 a.E.C.-22 E.C.) y algunos cronistas bizantinos que utilizan otras fuentes, además de la *Carta de Aristeas*. Vale la pena recoger la noticia de Estrabón en su *Geographica*³ (17.1.8); parece fiable puesto que este autor residió durante mucho tiempo en Alejandría: «El Museo forma también parte de los palacios reales. Tiene una galería pública, una Exedra⁴ con asientos, una gran casa en la que se halla el comedor común de los hombres de letras que comparten el Museo. Este grupo de hombres no sólo tienen en común la propiedad sino que también tienen un sacerdote a cargo del Museo, que antes era de-

³ H. L. JONES (Ed.), Londres/Nueva York, 1932.

⁴ Salón o arcada con espacios laterales y asientos.

signado por los reyes y ahora por César». Estos intelectuales vivían en una situación privilegiada bajo el mecenazgo real, con sueldos elevados y exención de impuestos, envidiados y criticados a la vez por algunos de sus contemporáneos. En poco tiempo la biblioteca logró reunir lo mejor de la producción del mundo antiguo, los logros intelectuales de Mesopotamia, Persia, Egipto, Grecia y Roma y se convirtió en el principal vehículo de transmisión de la cultura antigua.

En el entorno de la biblioteca nació la filología, las ediciones críticas y el pensamiento científico de Occidente: nombres como los de Arquímedes o Euclides, Hiparco, el inventor de la trigonometría, el fisiólogo Herófilo o Herón de Alejandría están vinculados de alguna manera con la biblioteca. Y en el campo de las humanidades y la transmisión de los textos baste recordar los nombres de sus bibliotecarios más insignes que coinciden con los filólogos más sobresalientes de la Antigüedad. En la primera mitad del siglo III a.E.C., Zenódoto de Éfeso que hizo una edición de Homero seleccionando lecturas de las copias que circulaban en las distintas ciudades, dividió los poemas homéricos en 24 libros y utilizó las letras del alfabeto para señalarlos. Calímaco de Cirene, que creó una nueva forma de catalogación, sus tablillas o

pionake, dividió la literatura griega por géneros o materias y organizó los autores de cada sección por orden alfabético. Eratóstenes de Cirene (273-194 a.E.C.), filólogo y científico, que publicó una descripción del firmamento, el primer

esta era la actividad principal de la biblioteca: Los filólogos cotejaban algunos de los ejemplares de Homero o de los trágicos que circulaban por las ciudades, comparaban sus resultados con los de sus predecesores y acompañaban el texto con un comentario en un rollo distinto, al final entregaban el ejemplar individual corregido a la biblioteca para que pudiera ser consultado por otros profesores y los lectores que lo desearan

catálogo de las constelaciones, en el que se combinan anécdotas míticas y cálculos astronómicos para explicar el origen de los diversos grupos de estrellas.

El apogeo de la filología alejandrina se produce en torno al 200 a.E.C., con Aristófanes de Bizancio (257-180 a.E.C.) que heredó la tradición filológica de todo un siglo, mejoró las técnicas editoriales y compuso una obra lexicográfica, *Levxei*, que abarcaba todos los campos de la literatura, poesía y prosa. Y su discípulo Aristarco de Samotracia, el perfecto filólogo, protegido por Ptolomeo VI Filometor (180-145 a.E.C.). Además de bibliotecario fue tutor de los hijos de la familia real como la mayoría de sus predecesores. Ya no sentía la necesidad de editar de nuevo el texto sino de explicarlo en su integridad en comentarios seguidos. Mantiene los textos espúreos o inauténticos y expresa sus opiniones mediante signos diacríticos marginales, obelos y asteriscos, para señalar versos de Homero que parecían fuera de lugar. Es el mejor editor e intérprete de la Antigüedad. A él se le atribuye la máxima de que el autor es el mejor intérprete de sí mismo, aunque la frase como tal «explicar Homero por Homero», parece acuñada más tarde por Porfirio.

Esta era la actividad principal de la biblioteca. Los filólogos cotejaban algunos de los ejemplares de Homero o de los trágicos que circulaban por las ciudades, comparaban sus resultados con los de sus predecesores y acompañaban

el texto con un comentario en un rollo distinto. Al final entregaban el ejemplar individual corregido a la biblioteca para que pudiera ser consultado por otros profesores y los lectores que lo desearan⁵.

*con todo, si nos atenemos
a la verdad histórica, la
realidad es que los griegos
apenas se interesaron por
los judíos y su cultura, ni
por ninguno de los pueblos
«bárbaros»; en cambio
gran parte de los judíos
en el período helenístico se
sintieron arrastrados a la
órbita de la cultura griega
dominante.*

¿Qué papel desempeñaron los judíos en esta gigantesca empresa cultural?

Hay que reconocer que de la comunidad judía de Alejandría a comienzos del siglo III a.E.C. apenas tenemos noticias o se duda del va-

⁵ Para este apartado ver R. PFEIFFER, *Historia de la Filología Clásica. I Desde los comienzos hasta el final de la época helenística*, Madrid, Gredos, 1981.

lor histórico de las mismas. No conocemos ningún nombre concreto, ninguna relación expresa de personalidades judías que participen en las tareas del Museo. Sin embargo hay una serie de indicios indirectos de que estos contactos y participación en la política cultural de los Ptolomeos en torno a la biblioteca universal no sólo son plausibles sino más que probables. Nuestra hipótesis se basa en dos aportaciones del judaísmo helenístico que, a mi entender, no pudieron llevarse a cabo sin la conexión con la infraestructura y el clima «académico» creado en torno a la biblioteca: la traducción del *Pentateuco* al griego en Alejandría en la primera mitad del siglo III a.E.C., y el esplendor del judaísmo helenístico en el siglo II a.E.C. con una producción literaria impensable sin el acceso a la biblioteca del Museo.

Los judíos comienzan a aflorar esporádicamente en los escritos de los autores griegos a finales del siglo IV a.E.C. Se les menciona con cierta vaguedad en un puñado de textos de Teofrasto, Hecateo de Abdera, Megastenes y Clearco de Soli. Lo más interesante es que a los ojos de los griegos aparecen como una raza de filósofos que observan los astros y dan culto al cielo; a veces se les asocia con los brahmanes de la India. El monoteísmo judío y expresiones de la literatura bíblica tardía como «el

Altísimo» o «el Dios del cielo», acuñadas para evitar mencionar el nombre de Yahveh, pudieron dar pie para que los no judíos interpretaran el dios de Israel en categorías próximas a las del dios del cielo⁶. Y en cuanto al encuentro con el helenismo, Josefo cita un texto de Clearco de Soli, discípulo de Aristóteles, según el cual Aristóteles en persona se encontró con un hombre de raza judía, natural de Celesiria, y que «no sólo era grecoparlante sino que también tenía un alma griega»⁷. Probablemente ni el mismo Flavio Josefo daba crédito histórico a esta cita de Clearco, pero esta atribución tenía un valor emblemático y legitimaba las afirmaciones positivas que sobre los judíos hacían los sucesores del fundador de la escuela peripatética. Los judíos no eran «bárbaros» sin más sino que se les admitía en el círculo del discurso griego.

Con todo si nos atenemos a la verdad histórica la realidad es que los griegos apenas se interesaron por los judíos y su cultura, ni por ninguno de los pueblos «bárbaros».

⁶ N. FERNÁNDEZ MARCOS, «La religión judía vista por los autores griegos y latinos», *Sefarad* 41 (1981) 1-25, pp. 4-6, y M. STERN, *Greek and Latin Authors on Jews and Judaism*, 3 vols., Jerusalén 1974-1984, vol. I, números 5, 6 y 7.

⁷ JOSEFO, *Contra Apion* I, 180.

En cambio gran parte de los judíos en el período helenístico se sintieron arrastrados a la órbita de la cultura griega dominante.

Me basta con subrayar que la primera imagen del pueblo judío que transmiten las fuentes griegas es muy positiva, como una raza de filósofos comparable a los carismáticos indios brahmanes. Posteriormente comienzan a aflorar los primeros brotes de antisemitismo en autores greco-egipcios que propagan versiones alternativas del Éxodo denigrantes para los judíos.

Pues bien, ante la ausencia de datos concretos sobre los traductores judíos del Pentateuco tenemos que recurrir a proyecciones elaboradas con los pocos datos externos con que contamos más las deducciones extraídas de la traducción misma. La combinación de los dos tipos de documentación nos lleva a concluir que los primeros traductores fueron judíos ilustrados bilingües (o trilingües) que conocían no sólo la lengua griega sino también las tradiciones literarias de los griegos, Homero, Platón y la mitología clásica. Sin embargo esto no era suficiente. En la Antigüedad no hay empresa cultural de envergadura llevada a cabo por individuos particulares. La transmisión de la cultura en todo el Antiguo Oriente estaba ligada a los centros

de poder, el templo o el palacio. De ahí que para que la traducción fuera posible tuvieron que concurrir también unas circunstancias extraordinarias que acompañaron a la traducción del Pentateuco: la política cultural y el mecenazgo de los Ptolomeos y la infraestructura de la biblioteca de Alejandría. Estas condiciones ideales las describe de forma legendaria, pero con un núcleo histórico indudable, la *Carta de Aristeas*.

La imagen que este escrito ofrece de los judíos de Alejandría en tiempos de Ptolomeo II es la de una comunidad perfectamente integrada en la ciudad y en sintonía con la política real. Aunque se trata de una ficción literaria en forma de carta de un tal Aristeas, funcionario real, a su hermano Filócrates, en realidad está escrita por un judío de Alejandría en torno al 140 a.E.C. Y, tras varios siglos de escepticismo frente a su utilización como fuente histórica (desde Luis Vives, Scaliger, Hody) hoy se ha vuelto a recuperar la validez de su descripción del clima de la corte de los Ptolomeos y su política cultural en torno a la biblioteca del Museo.

Escrita con un espíritu integrador refleja uno de los momentos más interesantes del encuentro del judaísmo con la civilización griega. Su autor llega a decir al rey Ptolomeo

meo que «el Dios que dio la ley a los judíos es el mismo que gobierna tu reino. Éstos (los judíos) adoran al dios que ve todas las cosas y las crea, al que todos veneran; sólo que nosotros, oh rey, lo llamamos de forma diferente *Zena y Dia*» (§16). En estos momentos es común la idea de que los distintos pueblos adoran un mismo dios al que se dirigen bajo distintas advocaciones, como ponen de manifiesto las múltiples *aretalogías* de Isis⁸. El autor de la *Carta de Aristteas* alude con frecuencia al ambicioso proyecto de Ptolomeo II de reunir en Alejandría la biblioteca universal: «el bibliotecario Demetrio Falerón recibió una enorme suma de dinero para reunir, si fuera posible, en la biblioteca, todos los libros de la tierra» (§§9-11). Al constatar en su informe que faltaban los libros de la Ley judía que están escritos en otra lengua, el rey decide escribir al sumo sacerdote de Jerusalén para que le envíe ejemplares correctos y un equipo de traductores. En la carta vuelve a mencionar la demanda de la traducción en conexión con su proyecto de la biblioteca: «... nos decidimos a traducir vuestra ley, de la que vosotros llamáis lengua hebrea, a la lengua griega,

⁸ *Himnos a Isis*. Traducción y estudio preliminar de Elena Muñiz Grijalvo, Madrid, Trotta, 2006.

para poder tenerla también junto a nosotros en la biblioteca con los demás libros reales» (§38).

*la traducción de la Torá
al griego es la perla del
judaísmo helenístico,
suplantó a la Biblia hebrea
en el judaísmo helenístico
y es posible que se usara
más tarde en la liturgia de
la sinagoga y en la escuela
cuando el hebreo ya no
era comprendido en las
comunidades de la diáspora
egipcia*

El sumo sacerdote Eleazar le envía seis traductores por cada tribu, es decir setenta y dos, número que más tarde se redondeará en setenta y que, ya en época cristiana, pasará a designar a la traducción misma. Estos hombres deberán examinar «el acuerdo de la mayoría para obtener la interpretación exacta» (§32), de los textos. Aristteas se sirve de una retórica editorial que recuerda la terminología que usaban los filólogos de la biblioteca en las ediciones críticas de los autores clásicos griegos. Y des-

cribe a Ptolomeo como un rey filósofo rodeado de intelectuales; los propios traductores con sus sabias respuestas a lo largo del Simposio provocan la admiración de los filósofos griegos (§201).

Por fin la traducción se lleva a cabo en una isla cercana a Alejandría, que más tarde Filón identificará con la isla de Faros, y se ejecuta mediante la confrontación (ajntibolhv, §302) de los textos, término técnico empleado en la Biblioteca para la colación de los manuscritos en la edición de las obras de Homero y aplicado aquí a la labor de traducción. Una vez terminada y leída en voz alta ante la comunidad judía de Alejandría, el rey ordena que la traducción se conserve escrupulosamente en un sitio de honor, alusión implícita a la biblioteca (§317).

La traducción de la Torá al griego es la perla del judaísmo helenístico. Suplantó a la Biblia hebrea en el judaísmo helenístico y es posible que se usara más tarde en la liturgia de la sinagoga y en la escuela cuando el hebreo ya no era comprendido en las comunidades de la diáspora egipcia. Las necesidades litúrgicas y pedagógicas contribuirían también a la promoción de la traducción. Pero el primer impulso y la realización de la misma es impensable sin el patronazgo real y sin la infraestructura de la biblioteca,

único lugar donde los traductores podían tener acceso a los ejemplares de la literatura griega editados por los filólogos alejandrinos.

Más tarde y a la sombra de la traducción del Pentateuco los judíos fueron traduciendo los restantes libros de la Biblia hebrea en un proceso que se extenderá hasta el siglo I d.E.C., que es cuando suelen situarse las traducciones griegas del *Cantar de los Cantares* y del *Eclesiastés*. Y no sólo eso sino que se compondrán nuevos libros en griego como 1-4 Macabeos, Sabiduría y Eclesiástico, Judit y Tobit, y los suplementos griegos a los libros de Ester y Daniel.

A partir del siglo II a.E.C., surgirá además toda una literatura judeo-helenística que solo conservamos fragmentariamente gracias a autores cristianos pero que es un exponente de hasta qué punto el judaísmo alejandrino se sirvió de las tradiciones literarias de los griegos para expresar su pasado cultural. Se trataba de presentar en sociedad, la sociedad helenística de Alejandría sumamente refinada, la historia de Israel y su pasado de forma que fuera aceptable para los griegos así como de neutralizar otras versiones de la historia hostiles al pueblo judío. Era también una cuestión de prestigio pues competían con otras etnias por buscar un espacio frente a

la arrolladora y dominante cultura de los griegos. Pues el griego además de lengua común en este momento era la lengua del prestigio literario.

En contraste manifiesto con la literatura que aparece en los *Documentos del Desierto* de Judá, al acercarnos a la producción literaria de los judíos helenísticos constatamos cómo aparecen dos nuevos elementos para la construcción de la identidad judía: la imitación de la mayoría de los géneros literarios de los griegos, y el uso de los *topoi* (lugares comunes) helenísticos y otros recursos retóricos.

A partir del siglo II a.E.C., los judíos helenísticos ensayaron prácticamente todos los géneros literarios cultivados por los griegos: la tragedia de tema bíblico y tal vez el teatro con Ezequiel el *Trágico* y su pieza *Exagogue* sobre el relato del Éxodo en hexámetros; la épica con Filón el *Antiguo* sobre Jerusalén y Teódoto, la filosofía con Filón de Alejandría, la novela corta con José y Asenet o Judit, la historiografía con Artápano, Demetrio el Cronógrafo, Aristóbulo, Eupólemo y Flavio Josefo.

Estos autores organizan e interpretan el pasado de Israel a la luz de las necesidades de su situación presente. Reelaboran el legado de sus tradiciones para dar un senti-

do a los acontecimientos contemporáneos. Descubrieron el poder de la narración y de la retórica como instrumento de persuasión. Siguiendo el principio entonces vigente de que cuánto más antigua era una doctrina era tanto más verdadera y apreciada, harán de Abrahán y Moisés los primeros sabios e inventores de la humanidad, atribuyéndoles una prioridad cronológica sobre los griegos y demás sabios orientales. Se apropian los *topoi* helenísticos del «primer sabio» y «primer inventor» y lo transforman en un *topos* de dependencia y préstamo. Según estos escritores, los antiguos maestros de la sabiduría griega, Orfeo, Pitágoras y Platón, derivarían sus conocimientos y doctrinas de Abrahán y Moisés (así lo explica, p. ej.: Aristóbulo). Un gigantesco esfuerzo por legitimar el legado de Israel en su confrontación con la tradición clásica que pretendía imponerse como absoluta y normativa.

Del poeta épico Teódoto se conservan ocho fragmentos en el libro IX de la *Praeparatio Evangelica*⁹. Su obra está dedicada al rapto de Dina y es una reinterpretación del capítulo 34 del Génesis. Narra el rapto de Dina, hija de Jacob,

⁹ Pueden consultarse en C. R. HOLLADAY, «Fragments from Hellenistic Jewish Authors», vol. II, *Poets*, Atlanta GA, Scholars Press, 1989.

por Sikem; la venganza de los hermanos de Dina, Simeón y Leví, que concluye con la matanza de Sikem y de su padre Hamor. Presenta la acción como inspirada por Dios, omite la censura de Jacob en Gen 34,30 y describe a los *sikemitas* como impíos y no solo como incircuncisos. Aunque probablemente la épica esté conecta-

*la astrología había
alcanzado en el período
helenístico la categoría de
ciencia e iba a seducir
durante muchos siglos
a la civilización; se suponía
que había sido inventada
en Babilonia y se había
desarrollado sobre todo
en Egipto*

da con el *topos* helenístico de la fundación de la ciudad de Sikem, su autor es un judío de Alejandría o Palestina del siglo II a.E.C. El poema refleja ligeramente la traducción de la Septuaginta, pero muchas de sus expresiones y estructura son homéricas. El uso de moldes homéricos para reelaborar esta historia de Gen 34 es un ejemplo típico del procedimiento

de estos autores reescribiendo una tradición bíblica embarazosa que se transforma en un poema épico con cambios sutiles que lo vuelven aceptable para una audiencia helenística.

Pseudo-Eupólemo es otro escritor de mediados del siglo II a.E.C. Mezcla la historia bíblica con tradiciones *hagádicas* y otros suplementos tomados de fuentes griegas y babilonias. Presenta a Abrahán como inventor de la astrología y el que la enseña a los otros pueblos, en particular a los egipcios: «Mientras Abrahán estaba viviendo en Heliópolis con los sacerdotes egipcios les enseñó muchas cosas nuevas. Les introdujo en la astrología y otras cosas semejantes, afirmando que él y los babilonios habían descubierto estas cosas. Pero remitía el descubrimiento original hasta Enoc, diciendo que este hombre, Enoc, no los egipcios, había descubierto la astrología por primera vez»¹⁰. El personaje bíblico antidiuviano Enoc era la figura bíblica más importante en cuestiones de prioridad cronológica. Lo mismo afirma Artápano de Abrahán, que enseñó la astrología al rey de los egipcios¹¹.

¹⁰ C. R. HOLLADAY, «Fragments from Hellenistic Jewish Authors», vol. I, *Historians*, Chico CA, Scholars Press, 1983, p. 174.

¹¹ *Ibid.*, p. 204.

La astrología había alcanzado en el período helenístico la categoría de ciencia e iba a seducir durante muchos siglos a la civilización; se suponía que había sido inventada en Babilonia y se había desarrollado sobre todo en Egipto. Eupólemo, otro autor del siglo II a.E.C., en su obra *Sobre los reyes de Judea* presenta a Moisés como el benefactor cultural, el fundador de la civilización, el primer sabio y legislador. De él recibieron los fenicios y los griegos el alfabeto ¹². Artápano es todavía más hábil en combinar la mitología pagana con las tradiciones bíblicas al estilo *euhemerista*. En el fragmento tercero ofrece una especie de vida de Moisés en la que, aprovechando la homofonía, identifica a Moisés con Mousaios, un poeta mítico griego maestro de Orfeo ¹³. Atribuye a Moisés la división de Egipto en treinta y seis distritos; él es quien determina las diversas divinidades que debían venerarse, inventa los escritos sagrados e incluso la escritura jeroglífica ¹⁴. Por todos estos beneficios fue muy amado por las multitudes y considerado digno de honores divinos por los sacerdotes egipcios.

¹² *Ibid.*, p. 112.

¹³ *Ibid.*, p. 208. Artápano invierte la relación para sus fines apologéticos, puesto que en la tradición griega Mousaios es discípulo, no maestro, de Orfeo.

¹⁴ *Ibid.*, p. 208, fragmentos 3 y 4.

Artápano está aplicando a Moisés la teoría helenística del *euhemerismo* según la cual algunos héroes culturales han conseguido honores divinos y veneración por los beneficios que han logrado para la humanidad. El énfasis en que era amado por las masas tiende

*estos autores se sintieron
libres para apropiarse
la herencia bíblica
y modificarla drásticamente
según los modelos literarios
y retóricos de los griegos
con el fin de incrementar
el prestigio del pueblo judío
y el orgullo étnico en un
contexto como el de
Alejandría en el que
la competencia social
y cultural era el único modo
de supervivencia*

a contrarrestar la acusación de misantropía por parte de algunos autores greco-egipcios contra los judíos. El objetivo de la remodelación de estas tradiciones que llegan en algunos casos hasta la extravagancia, como hacer de Moisés el fundador de la religión egipcia, es poner de relieve la prioridad del

judaísmo en los principales logros culturales e invenciones de la humanidad con el fin de expresar la superioridad de su propio legado cultural. El relato del Éxodo era el más apropiado para presentar a Moisés como auténtico hombre divino, mientras que el rey egipcio desempeña el papel clásico de oponente a la divinidad, incrementándose los rasgos portentosos, conforme al gusto de la época, al ser liberado Moisés milagrosamente de la cárcel. Y finalmente Artápano nos trasmite el único retrato realista al estilo helenístico que conservamos de Moisés, sin duda como réplica a la imagen puesta en circulación por algunos autores griegos desde Hecateo de que Moisés era un leproso: «dice (Artápano) que era alto, de constitución sana, con largo cabello canoso y lleno de dignidad». Y se añade que realizó estas gestas a sus ochenta y nueve años.

Estos autores se sintieron libres para apropiarse la herencia bíblica y modificarla drásticamente según los modelos literarios y retóricos de los griegos con el fin de incrementar el prestigio del pueblo judío y el orgullo étnico en un contexto como el de Alejandría en el que la competencia social y cultural era

el único modo de supervivencia¹⁵. Para estos judíos el Helenismo era su cultura y expresaban sus ideas y conceptos con toda naturalidad en formas griegas. Y este procedimiento no disminuyó sino que les ayudó a redefinir su identidad judía.

*la Biblia griega
de Alejandría, al ser
recibida y aceptada como
Biblia de los cristianos,
citada por los autores
del Nuevo Testamento
y por los Padres de la
Iglesia, fue la compañera
de la evangelización hasta
los confines del imperio
romano; al difundirse
en uno y otro flanco
del imperio se convirtió
en el principal nexo cultural
entre Oriente y Occidente*

Esta producción literaria de los autores judeohelenísticos no tiene

¹⁵ N. FERNÁNDEZ MARCOS, «Rhetorical Expansions of Biblical Traditions in the Hellenistic Period», *Old Testament Essays*, 15.

a la Torá como centro y está muy lejos de la literatura bíblica y parabíblica que ha aparecido en los documentos del Desierto de Judá, contemporáneos en buena parte de estos autores judeo-helenísticos. También en Qumrán ocupa un lugar importante el género literario de Biblia reescrita, pero poco tiene que ver con las reelaboraciones que nos permiten vislumbrar estos autores aunque sólo los conservemos fragmentariamente.

Como en el caso de la traducción del Pentateuco al griego volvemos a la hipótesis formulada al comienzo de este ensayo. Este tipo de literatura sería impensable sin el acceso a la producción literaria de los griegos. Y este acceso tiene como lugar más plausible en el siglo II a.E.C., la biblioteca de Alejandría, su estructura y el clima cultural creado en torno a ella. Los judíos formaron comunidades estables en la diáspora, se integraron en la vida política, económica y social de las ciudades del mundo helenístico. Algunos como Tiberio Julio Alejandro, sobrino de Filón, hicieron carrera en la administración romana alcanzando incluso el grado de *Praefectus* de Alejandría y Egipto. Aunque la imagen y el símbolo de Jerusalén les mantenía unidos a través del tributo anual y las peregrinaciones por las fiestas, nunca se plantearon ni hablaron de un regreso a la ciudad santa.

Paradójicamente esta producción literaria del judaísmo helenístico es conservada y transmitida por los cristianos. El cristianismo se presentará en sociedad como el verdadero Israel, heredero de las promesas del Antiguo Testamento. Por este medio conseguía dos objetivos: salir al paso de los que le tildaban de religión nueva y entroncar con Abrahán y todos los héroes del pasado de Israel, un pueblo milenario, y desplazar a los judíos contemporáneos a una tierra de nadie y a un futuro incierto según la interpretación cristiana de la historia de la cultura.

Los cristianos, como se pone de manifiesto en los Apologistas del siglo II, defienden la antigüedad de su religión frente a los griegos recurriendo a las mismos argumentos que habían empleado los historiadores judeohelenísticos para defender la prioridad cronológica de Moisés frente a Homero, Orfeo y Platón.

Por otro lado, la Biblia griega de Alejandría, al ser recibida y aceptada como Biblia de los cristianos, citada por los autores del Nuevo Testamento y por los Padres de la Iglesia, fue la compañera de la evangelización hasta los confines del imperio romano. Al difundirse en uno y otro flanco del imperio se convirtió en el principal nexo cultural entre Oriente y Occidente. Es

más, el cristianismo no solo adoptó como Escritura una Biblia traducida sino que desde sus comienzos fue una religión que impulsó la traducción de la Biblia a las lenguas vernáculas. La propia Biblia griega no tardó en ser reemplazada por nuevas versiones siempre que lo exigían las necesidades de la comunicación. Y el impacto cultural de la Biblia de Alejandría se extiende en sucesivas ondas expansivas a través de estas nuevas versiones en Oriente (copta, armenia, georgiana, siro-hexaplar y etiópica) y en Occidente (antiguas versiones latinas, y las versiones al gótico y al antiguo eslavo). Es más, en algunos casos, como el de las versiones al armenio, georgiano, gótico o eslavo antiguo, la traducción de la Biblia coincide con

la invención del alfabeto en dichas lenguas y el comienzo de la literatura de esos pueblos.

La Biblioteca de Alejandría logró albergar los principales saberes de la antigüedad. Allí comenzó el estudio filológico de los textos y la transmisión de la cultura. Con la primera traducción de la Biblia al griego podemos decir que se formó una nueva biblioteca viajera (itinerante) en la lengua común de entonces. Y a través de sus múltiples traducciones se convirtió durante siglos en la principal Biblioteca de Occidente. Por su calidad literaria es fuente permanente de inspiración y a la manera del arca de Noé nos salva del naufragio en momentos de incertidumbre, barbarie o simplemente desconcierto. ■